

Volver a lo esencial

Notas para un programa de candidatura a la decanatura de la Facultad de Artes - Miguel Huertas Sánchez

Una decanatura se define por una doble valencia: la primera (su mayor fuente de legitimidad) conecta con la comunidad que representa; la segunda conecta con un complejo entramado político de autoridades universitarias y gubernamentales, con las que puede tener más o menos afinidades; cada dimensión le plantea una complejidad que debe ser atendida, pero lo que no puede perder de vista es el sentir de su comunidad.

Nuestra comunidad, teniendo un enorme potencial, se encuentra altamente fragmentada, dispersa y dolida, ahí se define una primera tarea. Adicionalmente, vivimos tiempos de transición y debemos ponernos en capacidad de tomar las decisiones adecuadas que, fortaleciendo nuestro interior, nos permitan aportar a la construcción de lo común.

Soy un artista-profesor adscrito a la Escuela de Artes Plásticas, vinculado al doctorado en arte, arquitectura y ciudad (línea estética y crítica). Realicé mis estudios superiores en nuestra facultad, a la que ingresé como profesor ocasional en 1992 y de planta en 1993. Mi vida profesional ha sido de entrega total al pensamiento pedagógico, con una condición: pensar desde el arte. He ocupado cargos y tenido algunas distinciones. Soy dibujante e investigo en enseñanza e historia política de las artes; esas experiencias me han permitido hacerme un panorama amplio de los problemas de la enseñanza de las artes en la universidad y en el país.

Desde ese lugar, propongo un cambio en el centro de gravedad: situar el énfasis en el fortalecimiento de una comunidad diversa que reúne principios comunes, por un lado, y particularidades muy específicas, por otro, y que merece una mejor participación en la toma de las decisiones que le conciernen, tanto en el orden universitario, como en el de la Nación.

En 2002 inició en Colombia la reforma llamada *Revolución educativa*, que ha hecho estragos en la cultura, las artes y la educación en Colombia y alcanzó su mayor poder destructivo con las medidas tomadas durante la pandemia. Con la imposición de ese modelo, se ha borrado la memoria de las comunidades académicas y sociales y se ha llevado a la UN a una de sus peores crisis. Pero esa no es la única causa del estado de deterioro que vivimos. Nosotros no hemos sabido situarnos en ambiente sereno en el que nuestra diversidad no sea una contrariedad, sino una virtud y superar ese problema exige revisar muy cuidadosamente nuestras cotidianidades, en un ejercicio autocrítico que culmine en una acción sanadora.

La autoconsciencia. Propósitos comunes dentro de la diversidad

Redefinir los principios compartidos es asunto de voluntades, más que de reglamentos. Es, más que todo, un asunto *pedagógico* que es el elemento central que nos convoca y nos da una identidad universitaria. Es importante remitirnos a esa base y redefinirla para que, sobre ella, se sitúen didácticas, metodologías y definiciones diversas. Eso presupone una delimitación cuidadosa de las esferas de público y de lo íntimo y sus interacciones, la generación de espacios de construcciones transversales y una clara necesidad: esa acción debe involucrar estructuralmente los tres estamentos que nos componen.

Para iniciar el amplio diálogo que eso presupone, la primera condición es plantear una administración cercana a la comunidad, abriendo radicalmente las posibilidades de comunicación y de información. Actualmente, la Facultad contraría su propia naturaleza expresiva, comunicativa y convocante de experiencias colectivas. En otro contexto, las políticas elitistas de la división de divulgación cultural y patrimonio, perdiendo su sentido universitario, han causado un grave daño a la vida académica y es urgente contribuir a la recuperación de su sentido público. Las redes sociales son útiles y tienen un gran potencial, pero no pueden nuestra única fuente de comunicación, hay que crear otras, más nuestras.

La pregunta inicial del diálogo es si estamos en capacidad de definir un patrimonio común. Entre las disciplinas hay historias compartidas que nociones equivocadas de especialización y de defensa de lo propio han desvirtuado, empobreciendo los intercambios. Evidentemente, en nuestros problemas hay otras razones; por ejemplo, la rutinaria limitación presupuestal que convierte la *emulación* en *rivalidad* indeseable entre personas, unidades y estamentos. Es tiempo de dejar de insistir en diferencias epistemológicas, que nadie niega, y trasladar la atención a los problemas políticos comunes que enfrentamos. De que la enseñanza de las artes recupere su experiencia integral.

Los diálogos no serán para *hacer la tarea*, no tendrán agenda ni productos predeterminados, versarán sobre preguntas y reflexiones esenciales. Las rectorías pasadas se caracterizaron por imponer cambios sin evaluar ni consultar con las comunidades directamente afectadas por esos cambios. Los procesos de reforma que están en curso, sin ser negados, deben entrar en estado de suspensión, hasta tanto no haya una definición de principios construidos por la facultad en su conjunto y se defina el rumbo de la constituyente universitaria.

1. En Facultad: Reencontrarnos y decidir colectivamente

Se trata de hacer un alto en el camino y recuperar el sentido original de los claustros y colegiaturas, diagnosticar el estado de nuestras disciplinas y de nuestros estamentos y, sobre eso, diseñar mecanismos de toma de decisiones. Construir una estructura sólida de estudio, escucha y cuidado en relación con la salud mental, que representa un problema global, en particular para el campo educativo. Los abusos de poder en la Academia son un riesgo tan cercano como los riesgos de lesiones en la práctica deportiva profesional. La Academia, en tanto fuente de legitimidad para el conocimiento, es una institución de poder y si no es consciente de eso en su interior pueden medrar toda clase de abusos, de los cuales las violencias basadas en género son una parte muy visible y muy preocupante, pero no la única.

A eso contribuyen muchos factores; uno de ellos proviene de la naturaleza misma de la institución académica, que tiende al elitismo, (recordemos la fricción, en la designación reciente de rector, entre los conceptos de *democracia* y *meritocracia*). Los métodos dogmáticos que definió la Academia desde el siglo XIX, impusieron la *corrección* y el método lancasteriano, que tenía como lema *La letra con sangre entra y la labor con dolor*, fue adoptado por los gobiernos, y aún se enseñaba en las escuelas normales en el siglo XX.

El abuso de poder no es un accidente, ni se debe a algunas “manzanas podridas”. Hoy, pedagogías tecnocráticas delatan una profunda aberración en el sistema, que no nos permite

dialogar. Lo decimos todos los días: tenemos la impresión de estar trabajando para la administración, no que ella trabaje para la docencia. Si la pedagogía se deja librada solamente al sentido común, frecuentemente se reproduce la manera como uno fue formado. Y sus estereotipos se idealizan como sucede en la película *Whiplash*. Hay cientos de documentales que describen abusos continuados de poder de directores de orquesta o de cine, a nombre de su genialidad y esas prácticas se normalizan. El movimiento *me too* ha evidenciado abusos que datan prácticamente del inicio del cine. Los abusos de poder son tan viejos como la escuela, así ella sea una institución basada en el respeto y dedicada al cuidado; no basta con declaraciones condescendientes, si no hay una actividad consciente y alerta, los abusos ocurren como las lesiones en un partido de fútbol.

No es simplemente un problema personal (sin negar que los hay y hay que actuar al respecto), es uno de tantos problemas de un sistema de poder interesado en acallar el pensamiento crítico y, así, favorece las malas prácticas y degrada ejercicio de la docencia a ser actividad burocrática de control de las mentalidades. Hay que reconstruir **nuestras** propias definiciones, hablar de cómo en la vida social se movilizan todos los días ingentes recursos financieros, humanos y artísticos para prolongar formas manipulación de las subjetividades. Una facultad de artes tiene que reflexionar eso y ponerse en capacidad de ofrecer alternativas reflexivas y políticas a la población. Eso exige un activismo estructurado y tener una amplia plataforma de divulgación del trabajo académico. Por señalar un solo ejemplo, el doctorado en arte, arquitectura y ciudad debería tener al menos un evento anual de carácter nacional.

Es un compromiso con nosotros mismos y con el país visibilizar nuestro pensamiento, y producciones y recuperar un liderazgo intelectual, estético, ético y político porque muchas de nuestras investigaciones y producciones se están dirigiendo a un público muy restringido o, incluso, están quedando guardadas sin mayor difusión.

La difusión del conocimiento se refiere a mucho más que las revistas indexadas. El término *publicación* se refiere a *hacer público*. Sin descuidar las formas tradicionales, hoy en día hay un amplísimo rango de posibilidades de publicación y encuentro en Red; la Facultad debe apoyar varios niveles de publicación, desde revistas cercanas a la cotidianidad, hasta productos editoriales muy elaborados, orientados por cuerpos colegiados propios y que podrían estar vinculadas a los PTAs, trabajos de promoción y sabáticos de los docentes y a actividades curriculares y extracurriculares estudiantiles.

No es difícil alimentar todo un sistema de publicaciones con los productos habituales de los cursos y actividades académicas, sin necesidad de crear nuevas instancias o actividades; desde reseñas y traducciones, hasta documentos de reflexión y análisis de gran envergadura, pasando por creaciones de todos los órdenes, se encuentran en todos los espacios de la Facultad y muchas de esas producciones merecen participar en dinámicas de enriquecimiento mutuo, diálogos e intercambios en diversas plataformas y formatos y con diversos públicos,.

En esta dirección, otra actividad que debe recibir un impulso es la de pasantías, consultando las experiencias fuertes que se han construido en el pasado, por ejemplo, por el programa de Diseño Industrial.

Es necesario evaluar la posibilidad de que exista una unidad específica de los posgrados, en conjunción con las áreas curriculares actuales, pero con propósitos propios porque tienen problemáticas muy específicas y por su naturaleza con frecuencia desbordan las lógicas disciplinares de las áreas.

Las transformaciones de fondo llegarán cuando haya claridad respecto de lo que queremos y cómo lo queremos. Venimos de veinte años de un régimen autoritario, descalificador y excluyente. No necesitamos más reformas parciales que sigan fragmentando nuestra cotidianidad.

2. La Universidad: El Otro que interpela

Si recuperamos la salud de la comunidad, podremos enfrentar otros retos que se relacionan con esferas externas. Hay que debatir con fortaleza sobre el lugar y el rol de las artes en la estructura de la Universidad Nacional, pues su situación ha estado marcada por la inequidad. No tiene presentación que se diga que la Facultad de artes está en déficit y que sus mejores esfuerzos se tengan que desdibujar pagando ese déficit que no termina. El problema de la Universidad es de sentido, no de gestión, dice el sabio profesor José Gregorio Rodríguez.

En esa dirección, urge un debate sobre los presupuestos adecuados en el interior de la Universidad, porque no pueden mantenerse unidades en estado permanente de excepción. Los recursos propios de la Facultad que, con un impulso a la extensión, pueden ser muchos - sin que entren en conflicto con los compromisos misionales-, no deben nunca ser destinados a funcionamiento, sino a inversión. A ese impulso podría contribuir la construcción de una oferta propia de cada programa curricular, supeditada a su proyecto académico y que no pierda de vista la calidad y la responsabilidad política de la Universidad con la sociedad.

Hay una gran necesidad de pensar un modelo de universidad verdaderamente nacional, que abra caminos alternativos y ese modelo sólo surgirá rompiendo las lógicas centralistas y asumiendo la gran riqueza cultural de la Nación y de sus sedes. Las comunidades sociales y académicas son guardianas de los saberes que la modernidad eurocéntrica dejó en los márgenes, pero eso no se trata de apropiar acríticamente, gestos, rituales o acciones descontextualizadas; el verdadero cambio es desplazarse de la racionalidad instrumental, que tiene un sentido y un lugar, pero no debe seguir siendo hegemónica. El contacto generador, fructífero y nutritivo con los otros lugares y cosmovisiones exige una lógica integral, sensible, rigurosa y muy cuidadosa. Reconocer que todos estamos en el margen. En esa lógica, las artes deben cumplir una función central, no caer en la lógica neoliberal de *producción de obras* y retomar el problema de la experiencia individual y colectiva en la contemporaneidad.

En todos los casos, esas tareas presuponen la presencia del Otro que interpela y contribuye a depurar el pensamiento. Hay que dialogar y pensar alianzas con otras facultades y otras disciplinas; por ejemplo, con la facultad de Ciencias Humanas, que adelanta la *Misión ciencias humanas*. Hacer posible una acción de gran envergadura que fortalecería el campo de la cultura, asociándole el debate que la Facultad de artes lleva varias décadas adelantando, sobre la investigación y la creación en artes y su validación académica y social. Una alianza

fuerte, sustentada en la legitimidad de la Universidad de la Nación que proponga a los ministerios de educación y de cultura la configuración de un **sistema nacional de investigación en artes y humanidades**. No se trata de seguir la tendencia a garantizar un pequeño nicho en el Ministerio de ciencias, que detenta todo el poder legitimador de la investigación y somete las producciones artísticas a una lógica científica.

3. En busca de una Nación diversa

A pesar de los logros de la Constitución de 1991, como la institucionalización de campos como la educación artística y la etnoeducación, hay mucho trabajo por hacer todavía. Por todas partes encontramos distintos signos que apuntan todos en la misma dirección: el desinterés nacional por lo relacionado con humanidades, artes, cultura y, por extensión con la educación. No porque no se reconozcan sus valores y potencialidades, como mucha gente aún cree, sino porque -justamente- se les reconocen; hay un formidable aparato de poder destinado a acallar y distorsionar sus desarrollos que, bien comprendidos y asumidos, pueden suscitar una transformación radical en la sociedad. El discurso hegemónico cultural en Colombia, a pesar de la cantidad y variedad de manifestaciones regionales, ahonda el abismo que separa las élites con sus valores cosmopolitas a los que denomina *alta cultura* y las poblaciones sumidas en la ignorancia de sus memorias, sus devenires y de sus propios sentimientos, neutralizadas y controladas por expresiones adocenadas que construyen las propias élites, que constituyen la *baja cultura*.

Hay que hablar con proyectos alternativos como la Universidad Autónoma Indígena Intercultural UAIIN, del Consejo Regional Indígena del Cauca- CRIC o la especialización Pedagogía de la Madre Tierra, creada por Abadio Green y, sobre todo, con las sedes de frontera de la UN. Si hay una plataforma ideal para estimular, enriquecer y profundizar proyectos de nación inclusivos es la de los campos de las artes, pero no con la lógica de comunicación en una sola vía, como se percibe en los programas de admisión especial. La Facultad podría liderar experiencias innovadoras como programas de artes integradas que fueran lugar de encuentro de dos grandes tradiciones: los pensamientos locales y los pensamientos académicos y, al tiempo, espacios de trabajo interdisciplinario. En esta exploración un sector que puede aportar mucho es el de los actuales estudiantes Peama.

Desde hace años se viene hablando en la Universidad Nacional de realizar una *constituyente universitaria*: una institución que por fin comprende que su primer compromiso es pensarse de forma permanente y crítica a sí misma, como condición fundacional para poder llevar a cabo sus funciones misionales. La forma actual de Facultad no logra dar cuenta de su complejidad. Para establecer la reflexión colectiva que nos permita pensar los grandes cambios, hay una condición: hablar entre nosotros, reencontrarnos, saludar nuestras semejanzas y diferencias; reconocernos como comunidad diversa con un proyecto común, a través de una gran acción de escucha mutua. Mis investigaciones me han mostrado que es necesario hacer un gran diagnóstico que abarque desde la reforma de 1993 hasta el día de hoy, antes que proponer reformas parciales que, sumadas, no constituyen un proyecto de Facultad. Para esta actividad sería fundamental un llamado a las distintas generaciones de egresados, cuyas miradas y experiencias pueden dinamizar mucho las reflexiones.